V

Dios, autor sapientísimo de todas las cosas, no se ha dignado comunicarlas todas al hombre: dotándolo liberalmente con los medios de conocer, con las facultades preciosas de aprender y agrandar la órbita de sus conocimientos, ha querido sin embargo que en la tierra tenga límite esa concesion, y ha dicho á la inteligencia humana, como al Océano: «*de aquí no pasarás;*» y á la manera que el Océano se agita, se alborota, levanta montañas gigantescas de olas, y produce espantosas tempestades, así la inteligencia de los soberbios, al tocar el confin señalado por el dedo de Dios, se revuelve, se agita, blasfema, niega y se desespera; mas ni el Océano con sus tempestades rebasa el límite trazado, ni el orgullo con sus locuras logra arrollar el misterioso velo de lo infinito: ese velo no se levanta para el alma ínterin está presa en la cárcel de la materia; el dia en que, como dice con soberana belleza el Eclesiastés, se rompa la cuerda de plata y se suelte la venda de oro, y se corra la garrucha al pozo y llegue el hombre á la casa de su paradero desde este valle donde todo es vanidad de vanidades y

afliccion de espíritu, aquel dia será el de la grande claridad para el alma justa, que todo lo verá como es en sí, y descubrirá el primer principio de las cosas, y bañada en los resplandores de la santidad, gozará con goce infinito y se alegrará con alegría inextinguible.

Si consultamos las falsas religiones de la antigüedad; si fijamos la vista en la India, en la Persia, en Egipto, en la misma Grecia, tenida por cuna de las ciencias y emporio de toda una civilizacion, hallamos una espesa niebla de misterios que casi toca la superficie de la tierra, y envuelve en oscuridad todas las inteligencias y rodea de tribulacion todos los espíritus. Estaba reservado á la verdad católica, sol esplendoroso del órden intelectual y moral, alzar aquellas nieblas, purificar la atmósfera y traer luz á las inteligencias y calma á los corazones. El catolicismo tiene, pues, sus misterios, pero los tiene altos; altos como las nubes que se pierden en la inmensidad de los cielos, no bajos como las nieblas que prolongan indefinidamente el reinado de la noche. Todo lo que el misterio se ha remontado por obra del catolicismo, otro tanto ha ganado de espacio la inteligencia, otro tanto se han extendido los límites de la humana razon. En las remotas edades los misterios mas ridículos gravitaban sobre las cabezas; diez y nueve siglos hace que el dogma au-

filósofos que yacia en tinieblas y en sombras de muerte se hubiera rebelado contra doctrina semejante.

El hombre piensa y siente y obra á lo hombre: Dios piensa y siente y obra como Dios. ¿Quién le ha dicho al hombre, finito, enfermo, imperfecto y terrenal, que debe comprender el lenguaje de la inteligencia infinita, de la sabiduría eterna, la ciencia del cielo? Creer en la moral católica y no creer en los dogmas, es creer en la luz y en el calor y no creer en el sol; creer en los arroyos y no creer en las fuentes; creer en el fruto y no creer en el árbol; creer en el árbol y no creer en las raices que están ocultas, y por las cuales el tronco y las ramas se nutren y se vigorizan. Exigir en el cristianismo, dice un gran filósofo moderno, una penetracion en sus dogmas que se extienda mas allá de la esfera de su actividad moral, seria admitir que su autor obró como los hombres, que nunca pueden todo lo que quieren ni realizan todo lo que conciben. Pero si el cristianismo se resiste á esta asimilacion; si por un carácter que le es propio nada tiene en sus dogmas que no esté enlazado con su moral; y siguiendo el radio de su actividad se ve que se extiende tanto como el de su concepcion y que ésta no se desenvuelve sino en estrecha relacion con aquella, y que, en una palabra, estas dos están

perfectamente adecuadas, debemos convenir en que su obra es divina, y que solo por una ilusion de nuestra miseria y vanidad vacilamos en reconocerlo.

VII

En los negocios humanos, sea cualquiera su naturaleza, el primer requisito que ha de buscarse y atenderse, es la *buena fe*. Hé aquí una especie de axioma que el vulgo repite y que encierra un tesoro de recta y saludable filosofía. La ciencia, que es uno de los negocios humanos mas trascendentales, tambien necesita *buena fe*. Quizá en esto no se ha pensado con el debido detenimiento: quizá se atribuye á otras causas mas remotas lo que es simplemente obra de la mala fe científica. Uno de los mas terribles castigos que Dios puede enviar sobre los pueblos que quiere perder, es una invasion de sabios de mala fe; peores mil veces que los ignorantes, convierten la ciencia en arma de iniquidad: en sus personas ofuscadas por la soberbia, la ciencia se maltrata á sí propia, se suicida; muerta la ciencia para el bien, pronto se torna en corrupcion y hediondez, en polvo y en miseria. Hay multitud de sabios, segun la carne, que no son sino sepulcros blanqueados donde se encierran las ce-

nizas de una ciencia criminal, criminal como los suicidas. Estos sabios sin fe, enemigos formidables de la humanidad, son quizá ministros de la eterna justicia, como lo fueron un tiempo los tiranos; como lo son en todos los siglos el rayo y las inundaciones, la enfermedad y la muerte.

CAPITULO X

PROGRESO CIENTIFICO.

I

Axiomas: tanto como el hombre se aparta de la verdad, tanto ménos científico se hace. Tanto como el hombre se aparta de la fe, otro tanto se aleja de la verdad.

El hombre de ciencia necesita creer: los soberbios que no creen en Dios, creen en los otros hombres; los escépticos que no creen en Dios ni en los otros hombres, creen en sí mismos. La creencia en sí propio encierra el espíritu en un círculo de hierro, donde todo es oscuridad y confusion; la creencia ciega en los demas hombres encadena el espíritu y lo reduce á la triste condicion de un cautivo sin rescate; la creencia en Dios y en las verdades católicas abre á los ojos del espíritu horizontes magníficos, los magníficos horizontes de la ciencia. No puede asegurarse que la razon humana busca fatal y necesariamente el

gusto preside desde lo mas alto y envia raudales de luz sobre las inteligencias que se humillan y creen, como que es astro que ilumina los magníficos y dilatados horizontes de la ciencia verdadera.

Mucho supieron Aristóteles y Platon; grandes principios sentaron; su genio los condujo á trascendentales descubrimientos psicológicos é ideológicos: resumamos en ellos toda la filosofía de la culta Grecia, toda la filosofía del mundo antiguo. ¿En qué consiste que las obras de Aristóteles y Platon no valen tanto como el diminuto Catecismo del P. Ripalda, y valen infinitamente ménos que la primera página del Evangelio de San Juan? Consiste en que las obras de los grandes filósofos griegos se levantan penosamente sobre el nivel de la tierra el solo espacio que deja claro la niebla de los falsos misterios, miéntras la gran filosofía católica se remonta con las alas de la fe hasta las alturas donde irradia el foco de las verdades; consiste en que aquellos genios de la antigüedad carecian de conocimientos que solo el catolicismo ha traido para dicha de los pueblos y para base de las ciencias, señaladamente de las políticas y morales. La idea del pecado y de la rehabilitacion, de la enfermedad del alma humana y de los medios de evitar sus estragos; la nocion de la gracia y de la Providencia, de la igualdad ante

Dios, de la autoridad, de la obediencia, de los premios y de los castigos, del orígen y destinos del hombre, y por tanto del orígen y destino de las sociedades, son puntos luminosos en el campo de la ciencia: prescindamos de ellos, y la ciencia se convierte en caos; y si andando á tientas por el negro laberinto se da por acaso con alguna verdad, tendrémos á Platon escribiendo de la unidad de Dios y de la inmortalidad del alma; es decir, tendrémos al mas grande de los filósofos deletreando trabajosamente el rótulo de un libro que lee de corrido y aun sabe de memoria el mas pequeño de los católicos.

VI

Muchos dicen: «yo creo en las celestiales máximas del Evangelio: me encanta aquella pureza, aquella ternura, aquella santidad en los consejos y en los preceptos: creo que el mundo seria feliz si cumpliera exactamente las saludables prescripciones evangélicas: creo que el libro de la moral católica es el gran libro de Filosofía y el gran libro de Política; pero, ¿qué necesidad hay de creer en los dogmas torturando la razon, y obligándola á que acepte lo que no alcanza, y á que asienta con lo que no comprende? ¡Infelices! Cuando discurren de este modo, quieren engañarse á sí propios;

quieren acallar el grito del alma que pide luz y verdad; no advierten que admitir y alabar la moral católica, y negar la fe católica, es un contrasentido manifiesto. Supongamos un jardin labrado con exquisito esmero; crecen en él los árboles cargados de ricos frutos; embalsaman su ambiente las flores mas delicadas; todo es allí belleza: las fuentes que surgen formando vistosos juegos; las cascadas artificiales que roban á las naturales su imponente majestad; las sombrías enramadas donde anidan millares de avecillas; todo es allí poético, todo es admirable. Un hombre que de repente se encontrara en tan delicioso lugar, aun cuando en él no oyera mas ruido que el de las fuentes, ni viera otros séres vivos que los tiernos habitadores de la enramada, imaginaria, creeria, afirmaria que aquellos portentos no eran fruto de la casualidad; que aquellas estatuas de alabastro no habian brotado del seno de la tierra; que aquellos geroglíficos formados en el suelo con flores de mil matices; que aquellos tazones de mármol, de donde se precipita el espumoso torrente de las cascadas, obra eran de la inteligencia, y acaso obra maestra de muy renombrado artista. Prescindamos del artista, y la obra no existe; ni los árboles crecen por naturaleza en líneas paralelas y abriendo calles, ni las flores de los prados forman medallones ó caprichosos dibujos, ni las fuentes

de la montaña recogen su caudal en vasos tallados, ni lo vierten por caños de plata. Ahora bien: creer en la hermosura de ese jardin porque se la ve, y no creer en la existencia del jardinero porque no se le ve, seria un absurdo; pues un absurdo parecido es creer en la belleza de la moral católica porque se la ve y se la palpa, y no creer en la verdad de los dogmas porque esa verdad no puede ser vista ni palpada. Sin el artista no existirian los primores del jardin; sin los dogmas no existirian las grandezas de la moral.

La moral católica es lo bueno, es lo óptimo; es lo bueno y lo óptimo, porque en efecto lo es en sí; porque es conforme á la verdad eterna, á la justicia eterna, á las leyes inmutables del bien: dicen perfectamente los que esto dicen; mas si con esto quieren demostrar que esa moral puede ser considerada con independencia del dogma, se equivocan: y de que se equivocan, ponemos por testigos á los cuarenta siglos que precedieron á la era cristiana. Son conformes á la verdad eterna, á la justicia eterna, y á las leyes inmutables del bien, el amor al prójimo, la obediencia á los poderes constituidos, el perdon de los agravios, la piedad con el débil, la fraternidad, en fin, de todos los hijos de Adam; y sin embargo estas nociones tan sencillas no fueron conocidas del mundo antiguo; y no fueron conocidas ni aun de los mayores filó-

sofos: los siete sabios de Grecia no las sospecharon siquiera hasta que la verdad católica brilló; hasta que el Dios-Hombre, nacido en la pobreza de un establo, y los humildes pescadores del mar de Galilea predicaron y enseñaron, y renovaron la faz de la tierra: cuarenta siglos habian corrido, y las gentes, á excepcion de la hebrea, tinieblas y solo tinieblas habian palpado. Pueblos que tenian poetas como Homero, y filósofos como Aristóteles, creian en la diferencia de libres y esclavos por naturaleza. El imperio romano, síntesis de todas las grandezas y de todas las miserias de cuarenta siglos, rebajó la dignidad del hombre á la condicion de *cosa;* y á los rebaños de ganado mayor y ganado menor que habian constituido la riqueza de los antiguos patriarcas, añadió los rebaños de siervos, objeto infortunado de todas las ferocidades y de todas las execraciones.

Cuando llegó el reinado de la fe, cuando el dogma brilló y la luz se hizo, y las tinieblas se ahuyentaron, la moral comenzó á arraigarse, á vigorizarse, á dar al género humano el fruto sabroso de la justicia y la sombra bienhechora de la paz. Cuando el Hijo fué enviado por el Padre que está en los cielos, bautizó en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero: cuando

el Hijo nacido de madre Vírgen espiró en la cruz con muerte afrentosa, y bajó al seno de Abraham, y resucitó, y se transfiguró, consumada ya la obra de la redencion y asegurada en la tierra la perpetuidad de su Iglesia en la cabeza de Pedro, empezó el mundo á creer; y cuando el mundo empezó á creer en esos misterios adorables, fué cuando empezó á cumplir los preceptos y consejos en que estriban el bienestar social y la ventura eterna. Los mismos labios inerrables que dijeron: «*amaos,*» dijeron: «*creed.*» No hay mejor manera de creer en Aquel que nos manda, que obrar fielmente lo que nos manda; por eso la moral viene á ser la fe *práctica:* por eso la fe sin obras es *fe muerta:* por eso la moral católica no puede ser considerada con independencia de la fe; por eso los que dicen: «yo admiro, yo venero la moral evangélica, pero no puedo vencer á mi razon á que crea en lo que no comprende,» no saben lo que dicen ni conocen quizá el valor de los términos que emplean. ¿Quién les ha dicho que su razon lo debe alcanzar todo? Hubiérase predicado en Grecia en los tiempos de mayor desarrollo científico la igualdad de condiciones; hubiérase dicho en la corte de los Césares, que el alma de Augusto era igual á la del último esclavo de los destinados al circo, y nadie hubiera comprendido tal lenguaje, y la razon de aquellos